



Cuando Sarmiento era chiquito



Lesser, Ricardo

Cuando Sarmiento era chiquito / Ricardo Lesser. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta Lector, 2018.

96 p. ; 19 x 13 cm.

ISBN 978-987-4155-73-3

1. Narrativa Infantil Argentina. I. Título.

CDD A863.9282

COLECCIÓN PLANETA AZUL

© 2018, Ricardo Lesser

Ilustraciones: Andrés Alvez

Todos los derechos reservados

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planetalector®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta: Guillermo Miguens / Diego Martin

1ª edición: febrero de 2018

1.000 ejemplares

ISBN 978-987-4155-73-3

Impreso en FP Compañía Impresora,
Berutti 1560, Florida, Provincia de Buenos Aires,
en el mes de enero de 2018

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Cuando Sarmiento era chiquito

RICARDO LESSER

Ilustraciones de **Andrés Alvez**

 **Planetalector**



Había una vez un chico al que llamaban Domingo Faustino. Dicen que nunca faltaba a clase, ni siquiera cuando llovía. ¡Qué gracia! En San Juan, donde nació, nunca llueve en época de clases.

También dicen que era un niño modelo, que nunca se portaba mal. ¿Alguien conoce algún chico que no haga nunca, pero nunca, una travesura? Si existe, debe ser un aburrido insoportable.

En estos cuentos, Sarmiento no es un prócer. Es un chico. Un chico con un papá y una mamá, un chico que juega a los soldaditos, que tiene miedos y sueños. Un chico como vos.



El enigma Sarmiento

Se sorbió los mocos. Se arremangó los mocos como se arremangan los puños de una camisa.

Era la alergia. Los enigmas le daban alergia. Moqueaba y moqueaba hasta que lograba resolverlos.

El enigma estaba a la vista de todos, pero nadie parecía darse cuenta.

El enigma era este:

Todo el mundo habla de Domingo Faustino Sarmiento. Los manuales, las carteleras de la escuela y la seño. Todos hablan de Domingo Faustino Sarmiento. Que patatín, que patatán. Domingo de aquí, Domingo de allá...

Pero.

Pero Sarmiento no se llamaba Domingo.

¿Cómo?!

No se llamaba Domingo. El licenciado Lupa sabía que Domingo Faustino Sarmiento no se llamaba así, sino Faustino Valentín Sarmiento.

¿Dónde lo había descubierto? En una biblioteca del barrio.

Al licenciado Lupa le gustaba pasarse las tardes en las bibliotecas. Mientras los chicos jugaban en las plazas verdes de sol, él se sentaba a leer en el silencio oscuro de alguna biblioteca. Amaba los libros, amaba ese ruidito que hacen las hojas cuando uno las da vuelta.

Una de aquellas tardes se encontró con un antiguo libro gordo de páginas gruesas. En una de esas páginas decía:

«Sarmiento fue bautizado como Faustino Valentín aunque sus padres lo llamaban Domingo».

Eso ya lo sabía el licenciado Lupa.

Pero el libro iba más allá:

«¿Por qué no lo llamaron Domingo al bautizarlo?».

Eso, si lo iban a llamar Domingo, ¿por qué no lo bautizaron directamente como Domingo?

El licenciado Lupa moqueaba. Era la alergia que le había provocado el enigma Sarmiento.

Se dio cuenta de que para resolver el misterio

lo primero que tenía que hacer era encontrar la partida de bautismo de Sarmiento.

Yo te bautizo...

Investigó dónde lo habían bautizado. No le costó mucho averiguarlo. En un libro de historia encontró que lo habían bautizado en la catedral de la ciudad de San Juan. La iglesia estaba frente a la Plaza de Armas, al costado del viejo Camino Real de las Carretas.

Sin pensarlo, se tomó un avión. Al llegar, subió a un taxi:

—¡Vamos a la catedral!

El taxista se dio vuelta y lo miró. Pero no dijo nada.

Cuando llegaron, el taxista dijo:

—Esta es la catedral de San Juan.

No podía ser. La iglesia era demasiado moderna. Parecía nuevita. No era posible que allí hubieran bautizado a Sarmiento. El licenciado Lupa quedó desorientado.

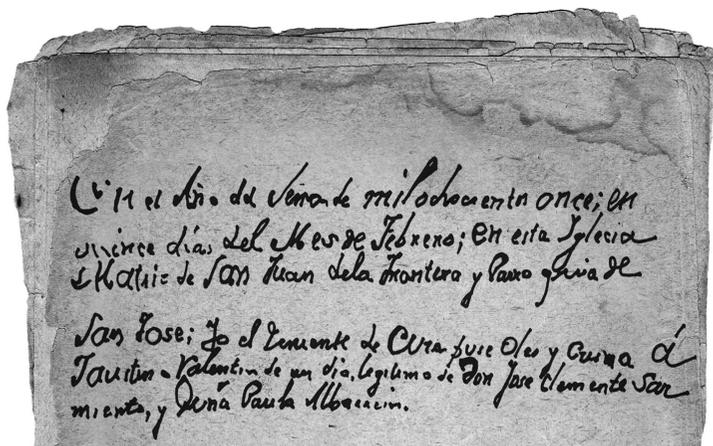
—Ahora —le dijo el taxista burlonamente—, si usted quiere ir a la antigua Catedral de San Juan de la Frontera, lamento decirle que hace rato que

no existe. Un terremoto la destruyó. No quedó piedra sobre piedra.

Ahí fue donde el licenciado Lupa aprendió que no siempre había que tomar los libros al pie de la letra. Empezó a moquear, nervioso. Al ratito volvió en sí. En algún lado debía estar la partida de bautismo de Sarmiento.

No le iban a ganar a cabeza dura. Buscó hasta que, al fin, encontró el Libro de Bautismos. Era un librote con las tapas mordidas por el tiempo y las polillas.

Empezó a pasar las páginas pesadas. Con cada página que pasaba se desprendía una nubecita de polvo. Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco... ¡Aquí está!



En el día del Veinte de mil ochocientos once; En
veinte días del Mes de Febrero; En esta Iglesia
Matriz de San Juan de la Frontera y Parroquia de
San José; Yo el Excmo. de Vra. Mage. y Causa de
Jauzén - Valentín de un día, legítimo de don José Clemente San-
miente, y Doña Paula Albarracín.

Las letras eran desperejas y se iban cayendo como si estuvieran mareadas. No se entendía nada. Al licenciado Lupa le costó un rato descifrar el documento. Esto es lo que decía:

«En el Año del Señor de mil ochocientos once; en quince días del Mes de Febrero; en esta Iglesia Matriz de San Juan de la Frontera y Parroquia de San José, yo el teniente cura puse óleo y crisma a Faustino Valentín, de un día, legítimo de Don José Clemente Sarmiento y Doña Paula Albarracín».

El bebé tenía apenas unas horas de vida cuando lo bautizaron. No parecía un prócer, estaba arrugadito y rojo como todos los bebés del mundo.

Contaban las vecinas que doña Paula, la mamá, había ido de visita a lo de una amiga cuando sintió que el niño estaba queriendo asomarse. Ahí nomás don Clemente, el papá, la subió a la grupa del caballo y salió al galope. Casi no llega. Así fue como nació Sarmiento: a las apuradas.

La partera no tuvo tiempo de mirar la hora. La luna ya estaba en el cielo y el sol se iba, incendiando los últimos cerros. Sarmiento nació en las últimas horas del 14 de febrero o en las primeras horas del 15 de febrero, vaya uno a saber.

En esa época, se acostumbraba ponerles a los chicos el nombre del santo del día que habían nacido. Digamos, si uno nacía el 3 de septiembre, le ponían Sandalio, por San Sandalio.

Por suerte, Sarmiento no nació un 3 de septiembre. A él lo llamaron Faustino porque el 15 de febrero se conmemora a ese santo. Y, por las dudas, también le pusieron Valentín por el 14 de febrero.

Así que Faustino Valentín, eso decía la partida de bautismo. ¿Y Domingo, que es como lo conoceremos de grande? Nada, de Domingo nada.

Y, sin embargo, en la casa lo llamaban Domingo. A lo sumo, Domingo Faustino. Jamás Valentín. El licenciado Lupa se sacó los anteojos. Los limpió. Se rascó la calva. Tamborileó los dedos sobre la mesa.

No había caso, no lograba resolver el enigma. Sin darse cuenta, se arremangó los mocos. Mala señal.

La fórmula de Zeller

Una noche, el licenciado Lupa tuvo un sueño revelador: ¿y si el 15 de febrero de 1811 había caído domingo?

—¡Eureka! —gritó, que es lo que gritan los licenciados cuando descubren algo que buscan con mucho afán—. ¡Eureka! Si nació un domingo es lógico que lo hayan llamado Domingo. Sí, Eureka... —murmuró enseguida, desconsolado—. Pero ¿dónde encuentro yo ahora un almanaque para saber si aquel 15 de febrero de hace más de doscientos años fue domingo?

Lupa era un licenciado de muchos recursos, de modo que rápidamente encontró la solución. Un matemático, eso era lo que necesitaba. Se presentó de sopetón en la facultad:

—Quiero saber qué día de la semana cayó el 15 de febrero de 1811.

—Es muy fácil, mi amigo —le respondió el matemático—. El doctor Julius Christian Johannes Zeller creó un algoritmo...

—¿Qué?! —se horrorizó Lupa, espantado.

—No se asuste, estimado. Un algoritmo es un conjunto de operaciones matemáticas.

—¿Qué?! —volvió a decir Lupa.

—Se lo voy a explicar —afirmó el matemático y se puso a escribir en un cuaderno:

$Z(y, m, d)$

donde el año y , mes m ($1 \leq m \leq 12$) y
día d ($1 \leq d \leq 31$)

El matemático se entusiasmó. Llenaba hojas y hojas del cuaderno con sumas, restas, multiplicaciones, divisiones.

El licenciado Lupa no entendía nada. Ni siquiera se atrevía a preguntar. A la media hora, el matemático exclamó con tono triunfal:

—¡El 15 de febrero de 1811 fue... viernes!

A Lupa se le fue el alma a los pies. Su teoría de que a Sarmiento lo llamaban Domingo porque había nacido un domingo se había caído como un castillo de naipes.

Durante mucho tiempo, el licenciado Lupa trató de resolver el enigma Sarmiento. Pasó días y días en las bibliotecas, los archivos y los museos. Pero no pudo descubrir por qué todo el mundo llama Domingo Faustino Sarmiento a quien, en verdad, se llamaba Faustino Valentín Sarmiento. La alergia se le hizo crónica. Andaba por la vida arremangándose los mocos.



El licenciado Lupa nunca supo lo que pasó en aquel lejano 15 de febrero de 1811.

Ese día, la partera envolvió en un pañolón al recién nacido. Doña Paula, la mamá, lo tomó en sus brazos. Y susurró en la orejita tibia:

—Domingo, mi hijo... Mingo... Minguito...